La progresiva revelación de Dios

Autor: G. André

“Jehová ha dicho que él habitaría en la oscuridad” (2 Crónicas 6:1). Cuando la nube –presencia de Dios– llenó el tabernáculo o el templo, ni los sacerdotes ni el mismo Moisés, en su tiempo, podían penetrar en él, “porque la gloria de Jehová había llenado la casa de Dios” (Éxodo 40:35; 2 Crónicas 5:14). Él “habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver” (1 Timoteo 6:16). En otras palabras, él es desconocido en la tierra, permanece inaccesible en la luz celestial. Cuando Moisés desea ver la gloria de Dios, Jehová le responde: “No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá” (Éxodo 33:20). Sin embargo, a través de los siglos –como lo dice Pablo a los atenienses– algunos han buscado “si en alguna manera, palpando, puedan hallarle” (Hechos 17:27). Incluso un filósofo griego como Platón no pudo más que «palpar». Era necesario que Dios se revelase.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Dios en sí mismo 3
Dios se reveló progresivamente 4
Los principales nombres de Dios en el Antiguo Testamento 6
- Elohim 6
- Yahveh 6
- Adonai 7
- El-Shaddai 7
- Elión 8

En el Nuevo Testamento: el Padre 9
El que “estaba sentado en el trono” 11
La Trinidad 12
Dios manifestado en carne, en el Nuevo Testamento 13
- Jesús 13
- El Verbo 14
- Hijo unigénito 15
- El Cristo - el Ungido - el Mesías 15
- El Salvador 16
- El Señor 17
- El Nazareo 17
- El Rey 18
- El misterio de su Persona 18

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Dios en sí mismo

“Jehová ha dicho que él habitaría en la oscuridad” (2 Crónicas 6:1). Cuando la nube –presencia de Dios– llenó el tabernáculo o el templo, ni los sacerdotes ni el mismo Moisés, en su tiempo, podían penetrar en él, “porque la gloria de Jehová había llenado la casa de Dios” (Éxodo 40:35; 2 Crónicas 5:14). Él

> “ Habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver
> (1 Timoteo 6:16).

En otras palabras, él es desconocido en la tierra, permanece inaccesible en la luz celestial. Cuando Moisés desea ver la gloria de Dios, Jehová le responde: “No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá” (Éxodo 33:20).

Sin embargo, a través de los siglos –como lo dice Pablo a los atenienses– algunos han buscado “si en alguna manera, palpando, puedan hallarle” (Hechos 17:27). Incluso un filósofo griego como Platón no pudo más que «palpar». Era necesario que Dios se revelase.

Dios se reveló progresivamente

1 Corintios 1:21 nos dice que "el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría". Pero Dios quiso, por propia iniciativa, revelarse progresivamente.

1. "Lo que de Dios se conoce les es manifiesto… Las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas" (Romanos 1:19-20). El Dios creador, su eterno poder y divinidad, se revelan "por medio de las cosas hechas". "Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. No hay lenguaje ni palabras… (empero) por toda la tierra salió su voz" (Salmo 19:1 y 3).

2. A Adán, Dios se le dio a conocer como "Jehová Dios". Él le colmó de cuidados; pero el hombre transgredió el único mandamiento que le había sido impuesto y fue echado del huerto. Sin embargo, en Génesis 4:26, después de nacer su nieto Enós (hombre mortal), "los hombres comenzaron a invocar el nombre de Jehová". Enoc camina con Dios; luego, Dios se manifiesta a los patriarcas. Noé es divinamente advertido del diluvio y por la fe construye el arca (Hebreos 11:7).

Con el llamado dirigido a Abraham comienza un nuevo período en el cual Dios se da a conocer. Babel había traído la confusión. La idolatría se había extendido (Josué 24:2). Jehová dijo entonces a Abram: "Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré" (Génesis 12:1). En Hechos 7, el relato de Esteban es más preciso: "*Sal* de tu tierra… *ven* a la tierra que yo te mostraré". Varias veces Dios se le aparece a Abraham. Es para él el "Dios Todopoderoso" (Génesis 17:1). También se revelará a Isaac, y luego a Jacob, con ese mismo nombre (Génesis 28:2-5; 35:11-12).

Transcurren los siglos. Una nueva revelación es hecha a Moisés con la aparición en la zarza (Éxodo 3) y sobre todo en Sinaí. Y a lo largo del desempeño del conductor, Jehová hablará con él "boca a boca… cara a cara" (Números 12:8; Deuteronomio 34:10, V.M.)

3. Sin embargo, cuando se acerca la partida de Moisés, al final del Deuteronomio, él debe decir: "Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos" (Deuteronomio 29:29). ¡Cuántas cosas aún tenía que revelar Dios más allá de la ley!

4. Hebreos 1 resume el camino recorrido hasta Cristo:

> “ Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo.
> (Hebreos 1:1-2)

5. El Señor Jesús vino a la tierra y comenzó su ministerio. Enseñaba a sus discípulos (Mateo 5 a 7); hablaba a las multitudes en parábolas (Mateo 13:34), mas a sus discípulos se las explicaba cuando estaban a solas (Marcos 4:10-11), pero,

6. Cuando iba a dejar a los suyos les dijo: “Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad” (Juan 16:12-13).

7. El Espíritu Santo iba a revelar la “sabiduría de Dios”. 1 Corintios 2:7-16 nos refiere el camino que él seguiría con esa finalidad.

La sabiduría de Dios en misterio estaba *oculta, predestinada* desde antes de los siglos para nuestra gloria (v. 7). Dios nos la *reveló* por su Espíritu (v. 10). Ese “nos” se refiere a aquellos a quienes Dios eligió para ser vasos de su revelación y *transmitirla* (v. 10-11).

Éstos, habiendo recibido el Espíritu de Dios, conocieron las cosas que Dios les había concedido; luego, divinamente inspirados, pudieron *hablar* de esas cosas, no con *palabras* enseñadas por sabiduría humana, sino con palabras enseñadas por el Espíritu (v. 13). No solo fueron expresados los pensamientos generales revelados por Dios, sino que también el Espíritu enseñó las palabras para transmitirlos. Las cosas espirituales fueron comunicadas a hombres espirituales y no al “hombre natural” (griego: “animal”), quien “no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios” (v. 13-14). Aquel que es espiritual discierne todas las cosas: “Nosotros tenemos la mente de Cristo” (v. 16).

8. Faltaba aún revelar “el misterio de Cristo”, el cual no había sido dado a conocer anteriormente, a saber, “que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio” (Efesios 3:4-6). Por el apóstol, y otros “profetas”, esas “inescrutables riquezas de Cristo” fueron anunciadas ante todos.

9. En cuanto al porvenir, tenemos “la revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto” (Apocalipsis 1:1). Aunque los escritores de las epístolas ya habían hablado de ellas, era necesaria esta revelación para que la Escritura fuese completa, a la cual nada hay que añadir ni quitar (Apocalipsis 22:18-19).

Los principales nombres de Dios en el Antiguo Testamento

En esta revelación progresiva, Dios toma nombres relacionados con ella. En toda la Palabra, el nombre es la persona (comp. Mateo 18:20; 1 Juan 5:13). Sus nombres, pues, forman parte integrante de su revelación. Vale la pena considerar al menos los más esenciales con los cuales él se dio a conocer.En esta revelación progresiva, Dios toma nombres relacionados con ella. En toda la Palabra, el nombre es la persona (comp. Mateo 18:20; 1 Juan 5:13). Sus nombres, pues, forman parte integrante de su revelación. Vale la pena considerar al menos los más esenciales con los cuales él se dio a conocer.

Elohim

El Génesis se abre majestuosamente con estas palabras:

> En el principio creó Dios (Génesis 1:1).

“

Aquí es Elohim (plural de Eloah, el Fuerte, sobre todo en Job), el Dios supremo, la deidad en sentido absoluto. La palabra Elohim está en plural, pero el verbo “creó” en singular, lo que de entrada constituye una alusión a la Trinidad, la cual solo será revelada plenamente en el Nuevo Testamento. En efecto, Dios habla en plural: “Hagamos… nuestra… nuestra” (Génesis 1:26; 3:22). Elohim vuelve a aparecer alrededor de dos mil trescientas veces en el Antiguo Testamento.

Yahveh

Yahveh, traducido por Jehová (el Eterno) se encuentra unas seis mil quinientas veces en el Antiguo Testamento. La esencia misma de Dios es, en el original, designada por el tetragrama sagrado YHVH, nombre que los judíos ni siquiera pronunciaban; para escribirlo, los rabinos debían lavarse y tomar cada vez una pluma nueva.

En el pueblo terrenal de Dios se hablaba de “Adonai” (el Señor), al cual se habrían introducido las vocales en YHVH para formar Yahveh, más tarde transformado en Jehová, nombre de Dios que se encuentra en varias traducciones de la Biblia en nuestra lengua (así como su abreviatura JAH).

Yahveh es aquel que es, que vive, que existe en sí mismo, pero que se revela. “Yo soy” (Éxodo 3:14) es la primera persona de la raíz (HVH=ser) del nombre Yahveh.

Yahveh-Elohim, el Eterno Dios, designa (por ejemplo en Génesis 2:4 y 3:8) a Dios en relación con el hombre, el Dios del pacto y de la redención (Génesis 3:21; Éxodo 3:13-17; 6:2-4, 8).

Yahveh es su nombre de relación especial con Israel, el "Yo soy el que soy" de Éxodo 3:14, precisado en 6:2-3: "Yo soy Jehová (el Eterno). Y aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como Dios Omnipotente (El-Shaddai), mas en mi nombre Jehová no me di a conocer a ellos". Nótese que, si bien Dios es llamado Jehová (el Eterno) desde el principio del Génesis, ése no era su nombre de revelación para la época, sino aquel del cual el escritor (Moisés) se servía para hablar de Él.

A todo lo largo del Antiguo Testamento se encuentran varios nombres con los cuales Dios se revela, los que están compuestos con Yahveh. Por ejemplo: Jehová-jiré en Génesis 22:14 (el Eterno proveerá); Jehová-sama en Ezequiel 48:35 (Jehová allí).

Adonai

El Señor, el Amo, se encuentra cuatrocientas veintisiete veces en el Antiguo Testamento, algunas de ellas en forma compuesta: Señor Jehová (Génesis 15:2, 8; Daniel 9; etc.)

Ése era el nombre usual entre los judíos, el cual subrayaba la soberanía de Dios: el hombre es su «vasallo»; le pertenece a él como Amo, le obedece y depende de él. Ese nombre corresponde en el Nuevo Testamento a Kurios=Señor (Filipenses 2:11), de quien Pablo se llama "siervo" o esclavo (Filipenses 1:1).

El-Shaddai

"Dios Todopoderoso (u Omnipotente). Dios se reveló así a Abraham (Génesis 17:1), luego a Isaac (28:3) y finalmente a Jacob (35:11). Este último había preguntado al Hombre que había luchado con él en Peniel cuál era su nombre, sin obtener respuesta (32:29). Fue preciso que primeramente él se reconciliara con su hermano Esaú (Génesis 33) y que quitara los dioses ajenos que su familia había conservado desde su estadía en casa de Labán (35:4). Entonces sube a Bet-el, donde Dios se le había aparecido cuando huía; allí Dios se le aparece de nuevo a su regreso, le bendice y se le revela como el Dios omnipotente (v. 11).

En el libro de Job, ese nombre de Todopoderoso u Omnipotente se repite treinta y una veces. Era Su relación con los patriarcas. Dios se lo recuerda a Moisés, en Éxodo 6:3. En ese momento, como señal de su pacto con su pueblo, al que va a tomar –dice él– "por mi pueblo y seré vuestro Dios", adopta el nombre de Jehová (el Eterno, YHVH, como lo hemos visto). Él repetirá a lo largo de los libros de Moisés: "Yo soy Jehová".

Elión

El Altísimo es el nombre que fundamentalmente Dios toma para aquellos a quienes se revela, pero que no son de Israel. Por ejemplo, de Melquisedec dice que es “sacerdote del Dios Altísimo” (Génesis 14:18). Ese personaje misterioso se le aparece a Abraham cuando éste volvía de derrotar a los reyes, y le bendice de parte del Dios Altísimo. Abraham se siente así fortalecido en su fe. Entonces, cuando el rey de Sodoma le dice: “Dame las persona , y toma para ti los bienes” (v. 21), el patriarca puede rehusar resueltamente esa proposición. Ello constituye una enseñanza muy importante para los padres de familia a quienes el enemigo les susurrara: «Con tal que tú consigas los bienes, qué importan tus hijos», dando por sobrentendido: «¡Yo tendré sus almas!»

En el Nuevo Testamento: el Padre

1. Excepcionalmente, en el Antiguo Testamento, Dios se designa a sí mismo como Padre: protector, conductor, compasivo —sea de Israel en otros tiempos (Jeremías 3:4), sea del remanente futuro (Isaías 63:16) o cuando se trata de la dispensación de sus cuidados (Salmo 103:13). Pero no se revela como tal.

2. Es preciso llegar a los evangelios, y particularmente a Mateo y Lucas, para que el Señor Jesús mismo hable de "vuestro Padre celestial" o de "nuestro Padre que está en los cielos". Es un Padre distante; cuida de los suyos, quienes le deben obediencia y pueden orarle; pero, por definición, él *está en el cielo*.

3. Evangelio de Juan: Los primeros versículos que abren este evangelio nos revelan al "Verbo" (la Palabra) venido en carne, habitando entre nosotros, del cual el apóstol puede decir: "Vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre". Estos dos primeros párrafos terminan con esta declaración insondable:

> "El unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer (Juan 1:18).

A través de todo el evangelio de Juan, Jesús dirá: "*Mi* Padre" o "*el* Padre". Mateo 11:27 hace excepción, porque allí también dice "Mi Padre".

Felipe pedirá: "Señor, muéstranos el Padre". Y Jesús le responde: "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre… ¿No *crees* que yo soy en el Padre, y el Padre en mí?" (Juan 14:8-10). "Yo y el Padre uno somos", había dicho Jesús en Juan 10:30. Fue necesaria su muerte y su resurrección para que él pudiera hablar de "vuestro Padre". Al final de su oración, en Juan 17, Jesús dice: "Les he dado a conocer tu nombre y lo *daré* a conocer aún". Durante todo su ministerio, en alguna medida había revelado al Padre. Fue necesaria la resurrección para que María de Magdala pudiera transmitir el mensaje: "Subo a *mi* Padre y a *vuestro* Padre" (20:17). Notemos que el Señor no dice: «nuestro Padre». Su relación con el Padre es única. Él sigue siendo el Primogénito entre muchos hermanos; sin embargo, su Padre ha venido a ser nuestro Padre. "A todos los que le recibieron… les dio potestad de ser hechos hijos de Dios" (1:12). Y el apóstol, valiéndose de todo lo que había visto, oído y contemplado, puede confirmar: "Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios" (1 Juan 3:1).

Antes de dejarlos, él había subrayado: “El Padre mismo os ama” (Juan 16:27). Si tomamos diversos pasajes de este evangelio, vemos siete veces que “el Padre ama al Hijo”, amor eterno, insondable, muy por encima de nosotros. Pero Jesús puede decir a su Padre: “Los has amado a ellos como también a mí me has amado” (Juan 17:23). El amor del Padre desciende, al igual que el amor del Hijo: “Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado” (15:9). Y viene la conclusión: “Que os améis unos a otros, como yo os he amado” (v. 12).

El Padre es el mismo que el Todopoderoso, que Yahveh, que Adonai; pero ¡cuánto más íntimo y cercano! El conocimiento del Padre no es patrimonio de los creyentes más adelantados, sino, dice el apóstol, “Os escribo a vosotros, hijitos, porque habéis conocido al Padre” (1 Juan 2:13).

En la misma epístola ¿qué es Dios? Es “luz”, es “amor” (1 Juan 1:5; 4:8).

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

El que “estaba sentado en el trono”

La más grande esperanza del creyente es la de ver al Señor Jesús “tal como es”; pero a menudo se pregunta: «¿Veremos a Dios?». En estos dos capítulos del Apocalipsis hay, sin embargo, personajes distintos: el que está sentado en el trono; el Cordero inmolado en medio del trono; los siete espíritus de Dios delante del trono. En los capítulos 2 y 3, al concluir las cartas a las siete asambleas, se repite que el que tiene oído, *oiga* lo que el Espíritu dice a las iglesias. Ésta es nuestra parte primordial en la tierra: oír. Pero, cuando Juan está “en espíritu”, desde el capítulo 4, ya no se trata de oír, sino de *ver*: “Y vi… y vi”.

¿Qué veremos en Aquel que está sentado en el trono? Él es semejante a una piedra de jaspe (4:3) . Ya no está en “la profunda oscuridad”, ni en “la luz inaccesible”. Sin embargo, no podremos sondear todo el misterio del Dios que es espíritu.

De la esposa, por el contrario, se dice: “Su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el *cristal*” (Apocalipsis 21:11), lo que implica transparencia.

En cuanto al Cordero divino, quien sigue siendo hombre en la gloria, como lo dice el apóstol, le veremos “tal como él es” (1 Juan 3:2).

La Trinidad

1. Dios había declarado claramente a Israel por conducto de Moisés: "Jehová nuestro Dios, Jehová uno es" (Deuteronomio 6:4). Por eso el primer mandamiento de la ley precisaba: "No tendrás dioses ajenos delante de mí". 1 Timoteo 2:5 afirma: "Dios es uno" (o "hay un solo Dios") .

2. Sin embargo, Dios se *manifestó* en tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

En la primera página de la Palabra de Dios, como lo hemos visto, Elohim está en plural y el verbo que le sigue en singular, lo que ya implica esta Trinidad todavía misteriosa. Algunos ven una velada alusión a ello en la triple bendición de Números 6:24-26: primeramente la bendición del Padre; luego la luz y la gracia que serán traídas por el Hijo; y finalmente la gloria de Cristo revelada por el Espíritu (Juan 16:14) con la paz que es el fruto consiguiente (Gálatas 5:22).

Es preciso llegar al Nuevo Testamento y al bautismo administrado por Juan para que la Trinidad sea plenamente revelada. Jesús acude al Jordán y toma lugar, aunque no tenía pecado, con aquellos que confesaban los suyos. Para que no sea confundido con los que le rodean, la voz del *Padre* se hace oír: "Éste es mi *Hijo* amado, en quien tengo complacencia"; y Jesús ve "al *Espíritu* de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él" (Mateo 3:16-17).

En el momento de dejar a los suyos, el Señor Jesús les envía a hacer discípulos a todas las naciones, bautizándolos "en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" (Mateo 28:19). Notemos que dice *el* nombre y no *los* nombres.

Y el apóstol terminará la segunda epístola a los Corintios escribiendo: "La gracia del Señor *Jesucristo*, el amor de *Dios*, y la comunión del *Espíritu Santo* sean con todos vosotros".

Lo que estaba velado en el Antiguo Testamento es plenamente revelado en el Nuevo. La fe acepta esta revelación tal como la Palabra nos la da, sin que podamos sondear completamente ese misterio (1 Corintios 13:12).

Dios manifestado en carne, en el Nuevo Testamento

“Grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne…, recibido arriba en gloria” (1 Timoteo 3:16).

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios”. “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre)” (Juan 1:1, 14).

Jesús interroga a sus discípulos: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?” Simón Pedro responde:

> “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente (Mateo 16:16),

revelación que Simón había recibido del Padre (Mateo 16:13-17). El propio Jesús se declara “hijo del hombre”; el Padre revela que él es “Hijo de Dios”, verdaderamente hombre y verdaderamente Dios.

No vamos más allá en la revelación de ese “misterio”; Jesús mismo lo subrayó: “Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar” (Mateo 11:27). Subsiste en el hombre Cristo Jesús un “misterio” no revelado. Por el ministerio del Espíritu de verdad conocemos al Hijo en la medida en que Dios lo ha querido (Juan 15:26). Pero guardemos toda reverencia sin pretender escrutar lo que Dios no ha juzgado conveniente decirnos. Nadie, bajo pena de muerte, debía mirar dentro del arca (figura de Cristo) ni tocarla.

Jesús

Al anunciar el milagroso nacimiento del niño, el ángel había dicho a María: “Llamarás su nombre Jesús” (Lucas 1:31), o sea, Jehová Salvador.

Más tarde, ante la inquietud de José, un ángel del Señor se le aparece en sueños y repite: “Llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mateo 1:21).

Durante todo su ministerio, relatado en los evangelios, ése es el nombre esencial que le designa. Pedro, en su primer discurso al pueblo, concluye, luego de decir que Jesús ha sido resucitado y exaltado a la gloria: “A este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo” (Hechos 2:36).

En respuesta a la pregunta de Saulo caído en tierra en el camino a Damasco ("¿Quién eres, Señor?"), él le dice: "Yo soy Jesús, a quien tú persigues". Y en el extraordinario pasaje de Filipenses 2:6-11, Dios confirma el "nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla… y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre".

En los últimos versículos de la Biblia leemos: "Yo soy Jesús… soy… la estrella resplandeciente de la mañana"; él repite: "Ciertamente vengo en breve"; y el Espíritu y la esposa le responden: "Amén; sí, ven, Señor Jesús".

Su nombre figura en la primera línea del evangelio de Mateo y en la última de la Biblia.

Si bien él es el Salvador, también es el único "mediador" entre Dios y los hombres… "Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos" (1 Timoteo 2:5-6), verdadero Dios y verdadero hombre en una sola persona. Si él no se hubiese hecho hombre, no podría haber sido el mediador.

El Verbo

El Verbo (Logos, en griego) es la expresión del pensamiento, la Palabra.

Al comienzo de la historia de los tiempos, el Génesis declaraba: "En el principio Dios…". Pero el evangelio de Juan va mucho más atrás, tan atrás como puede remontarse el pensamiento: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo *era Dios*. Éste era *en el principio* con Dios".

El Verbo era, pues:

- eterno en su existencia (ya que "era"),
- distinto en su persona (con Dios),
- divino en su esencia (era Dios),
- eternamente con Dios.

El apóstol, al principio de su epístola, con qué emoción recuerda: "Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida" (1 Juan 1:1).

Cuando Jesús aparezca en su gloria, con muchas diademas en su cabeza, su nombre será: "el Verbo de Dios" (Apocalipsis 19:13).

Hijo unigénito

El Hijo unigénito (Monogenes, eingeborene Sohn, only-begotten Son), Aquel a quien Dios "ha dado" (Juan 3:16), "su don inefable" (2 Corintios 9:15).

Él es Hijo:

1. *Eterno* en su existencia (Juan 1:1); no ha sido creado (1:3): "todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas" (Colosenses 1:16-17); en la gloria con el Padre "antes que el mundo fuese" (Juan 17:5); objeto de su amor eterno: "Padre… me has amado desde antes de la fundación del mundo" (v. 24). Tenía una insondable comunión con él: "el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre" (Juan 1:18).

2. Como *engendrado en la tierra* (Salmo 2:7; Hebreos 1:5; 10:5). "Me preparaste cuerpo", misterio insondable de su nacimiento, como el ángel le dijo a María: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios" (Lucas 1:35).

En el bautismo de Jesús en el Jordán, así como en su transfiguración en el monte, la voz del Padre se hace oír:

> "Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia (Mateo 3:17).

Como *resucitado*: "Su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos" (Romanos 1:4).

Y recordemos que él fue condenado por el concilio a raíz de haber testificado que era el Hijo de Dios (Mateo 26:63; Lucas 22:70-71).

El Cristo - el Ungido - el Mesías

Él no vino a ser el Cristo en su bautismo, como algunos lo pretenden. Proverbios 8:23 es claro al respecto, cuando la Sabiduría dice: "Desde la eternidad fui yo ungida, desde el principio, antes que existiera la tierra" (V.M.) Y Romanos 9:5 precisa: "Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos".

En el Salmo 2:2 los reyes de la tierra consultan unidos "contra Jehová y contra su ungido".

Él es, pues, eterno en su existencia, aunque también nació en la tierra. Notemos las genealogías que abren el evangelio de Mateo. Ellas nos dan la sucesión de generaciones salidas de Abraham. Pero el versículo 16 dice: "Jacob engendró a José, marido de María", y no «quien engendró», sino "de la cual nació Jesús, llamado el Cristo".

Con qué alegría Andrés viene a decirle a su hermano Simón: "Hemos hallado al Mesías" (Juan 1:41). Cuando en el pozo de Sicar la mujer dice: "Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo", Jesús le revela: "Yo soy, el que habla contigo" (Juan 4:25-26).

Y cuando Jesús pregunta a sus discípulos qué dicen los hombres acerca de él, el Hijo del hombre, Pedro responde: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente" (Mateo 16:16). No era carne ni sangre las que habían revelado eso al apóstol, sino el Padre que está en los cielos.

En el momento en que va a abrirse el reino de mil años, el séptimo ángel declara: "Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos" (Apocalipsis 11:15).

El Salvador

Los primeros cristianos tenían una señal de reunión: ICHTHUS, en griego «pescado», cuyas letras significaban: Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador. Se encuentra esta «contraseña» en las catacumbas especialmente; ella resume bien, en pocas letras, lo que Jesús era para ellos.

En su primera predicación a los gentiles, Pablo les dice: "Conforme a la promesa, Dios levantó a Jesús por Salvador a Israel" (Hechos 13:23). En primer lugar, Jesús había venido como Salvador del pueblo terrenal (Mateo 1:21), pero fue rechazado. Isaías lo había anunciado: "Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra" (Isaías 49:6). El profeta preveía ya que el Salvador debería decir: "Por demás he trabajado, en vano y sin provecho he consumido mis fuerzas". La respuesta de Dios daba a su venida un alcance infinitamente más grande. Los hombres de Sicar así lo habían reconocido: "Sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo". Juan, en su primera epístola, dirigido por el Espíritu Santo, confirmará:

> "El Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo (1 Juan 4:14).

Él es “nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tito 2:13). Aguardamos la esperanza bienaventurada: “Esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya” (Filipenses 3:20-21).

El Señor

El niño ha nacido en Belén; el ángel anuncia a los pastores: “Os doy nuevas de gran gozo… os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador”. El niño, envuelto en pañales en el pesebre era la “señal” para ellos. ¿Quién era él? Un Salvador, como también “Cristo el Señor” (Lucas 2:11). Y Filipenses 2 confirma: “Jesucristo es el Señor”.

Siete veces, en la epístola a los Romanos, él es llamado *nuestro* Señor Jesucristo. Pero, cuando María de Magdala llora en el sepulcro, dice: “Se han llevado a *mi* Señor”. Tomás dirá: “¡Señor *mío*, y Dios *mío*!” (Juan 20:13, 28). Y en la intimidad de la comunión de que gozaba, el apóstol consideró como pérdida todos sus privilegios judíos “por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, *mi* Señor” (Filipenses 3:8).

“Si *(tú)* confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo” (Romanos 10:9).

Y cada creyente es llamado a contemplar a cara descubierta la gloria del Señor, para ser transformado de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor (2 Corintios 3:18).

El Nazareo

Es el nombre menospreciado. Como lo dijo Natanael: “¿De Nazaret puede salir algo de bueno?” (Juan 1:46). La cruz tenía un rótulo: “Jesús nazareno, Rey de los judíos”, apelativo elegido para hacerlo objeto de burla y para contradecir a los judíos, quienes habían proclamado no tener más rey que César.

Pero, después de la resurrección, el nombre del menospreciado es rehabilitado. Los dos discípulos hablan de “Jesús nazareno, que fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra” (Lucas 24:19). En su discurso a los israelitas, Pedro le llama: “Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros… al cual Dios levantó” (Hechos 2:22-24). Y desde la gloria, Jesús dice a Saulo: “Yo soy Jesús de Nazaret” (Hechos 22:8).

El Rey

El Salmo 2 había hablado del rey ungido en Sion, contra el cual los reyes de la tierra y los príncipes consultaban unidos (v. 2). Jesús testifica la buena confesión de ello ante Poncio Pilato, quien le dice: "¿Luego, eres tú rey?" Jesús le responde: "Tú dices que yo soy rey" (Juan 18:37).

Rey otrora rechazado y menospreciado, él aparecerá un día a los que le traspasaron. Todo ojo verá a Jesús, quien tendrá un nombre escrito sobre su vestidura: "Rey de reyes y Señor de señores" (Apocalipsis 1:7; 19:16).

El misterio de su Persona

Todos estos nombres le revelan a nuestros corazones y le hacen más precioso a nuestros afectos; él lleva muchos otros aún; no obstante, sigue siendo en su persona ese insondable misterio: solo el Padre conoce a fondo al Hijo (Mateo 11:27). Incluso en el día de su gloria, cuando es llamado con varios nombres ("fiel, verdadero, juez, la Palabra de Dios, Rey de reyes y Señor de señores"), sin embargo lleva "un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo" (Apocalipsis 19:12).

Por eso, con toda reverencia y sumisión a la Palabra, sin quitarle ni añadirle nada, seremos conducidos por el Espíritu de Dios –teniendo los ojos de nuestra alma abiertos– para considerar la maravillosa persona de Jesús, el Hijo amado del Padre.